

¡...Prescindible Organizado!

Agenda Docente para una formulación afectiva y disidente del Proyecto Arquitectónico

Nieto Fernández, Enrique

Universidad de Alicante, Escuela Politécnica Superior, Departamento de Expresión Gráfica y Cartografía, Área de Proyectos Arquitectónicos, Alicante, España, enrique.nieto@ua.es

Resumen

El texto que a continuación se presenta se corresponde de manera bastante fidedigna con el texto que el autor leyó en el acto de defensa de su tesis doctoral, realizada en la Universidad de Alicante el 14 de junio de 2012. El tribunal estuvo compuesto por Remedios Zafra, Federico Soriano, Jessica Jaques, Miguel Angel Hernández y Juan Freire. Los directores del trabajo fueron José María Torres Nadal y Pedro Alberto Cruz. Después de lo vivido, lo pensado, y lo contado, descubro perplejo al final de esta investigación que la relevancia de lo que hemos realizado junto con otrs muchxs en la Universidad de Alicante, radica precisamente *en una obsesión infantil por organizar lo prescindible*, todo aquello que no nos es requerido para el cumplimiento de nuestras estrictas funciones académicas. O por utilizar otros términos, descubro con un cierto horror que casi nada de lo que en algún momento nos ha llegado a excitar *parece atravesado por los dispositivos maquínicos institucionales*.

Palabras clave: Prescindible Organizado, Proyecto Arquitectónico, Política, Cultura, Pedagogía,

Abstract

The text presented below corresponds reliably with the text that the author read in the act of defending his doctoral thesis, conducted at the University of Alicante on 14 June 2012. The court was composed of Remedios Zafra, Federico Soriano, Jessica Jaques, Miguel Angel Hernandez and Juan Freire. The directors of the study were José María Torres Nadal and Pedro Alberto Cruz. After all we have lived, thought, and told, I find astonished at the end of this research that the relevance of what we have done with many others at the University of Alicante, lies precisely in a childlike obsession with organizing the dispensable, I mean, everything that is not required to comply with our strict academic functions. Using other terms, I discover with some horror that almost nothing that at some point has come to excite us seems crossed by institutional machinic devices.

Key words: Dispensable Organized, Architectural Project, Politics, Culture, Pedagogy



1. INTRODUCCIÓN: “HACE 15 AÑOS...”

Hace 15 años fui convocado por **José María Torres Nadal** a un pequeño tribunal que había de juzgar los trabajos de la primera promoción de arquitectos formados en la Universidad de Alicante. Junto a José María, allí estaban **Gaspar Jaén, Juan Herreros, Carlos Ferrater, Javier Gironella y Lola Alonso**. Hasta entonces mi travesía por la arquitectura y sus prácticas había sido un poco azarosa: Asentado desde hacía dos años en un pequeño estudio de Murcia dirigido por Fernando de Retes, las categorías por las que transitaba la arquitectura me habían sido mostradas con generosidad por mis maestros, e incluso las dificultades formaban parte también de un interior fuertemente protocolizado: La intensa materialidad de las obras, las fases siempre reconocibles de un proyecto, el importante papel de la disciplina, las extenuantes rutinas de los concursos... constituían ámbitos estables, salvaguardados por la moral impuesta por nuestra disciplinada disciplina.

Entrar en esta *Institución* supuso al principio no más que la aparición de otra etiqueta en el ordenador. Sin embargo, pronto me vi inmerso en una serie de interacciones que aumentaban con gran velocidad mi reflexividad personal. Si al principio se trató de articular en grupo unos contenidos aproximadamente novedosos, enseguida descubrí junto a mis compañeros que hacerlo de una especial manera excedía con mucho el mero encargo de la organización docente de una materia, manifestando una alta capacidad instituyente cuando se enfocaba al diseño de nuevas prácticas orientadas a la enseñanza del proyecto. Se apuntaba así hacia la redefinición de una praxis docente que en aquellos años parecía demandar, todavía sin prisas, cambios profundos que la *Institución* no parecía querer atender. A esta búsqueda de una identidad propia le llamamos *Arquitectura en Alicante*, y más tarde, denominamos *Modelo Alicante* a los modos de articular nuestra relación con una gran cantidad de agentes desde el compromiso compartido de agrupar nuestras voluntariosas subjetividades en identidades inteligentes.

En nuestro continuo deambular académico, se ponía de manifiesto como el momento universitario, que atraviesa tanto a estudiantes como a profesores, es particularmente idóneo para mediar entre unas prácticas conocidas y un futuro que se quiere hacer presente a partir precisamente de la incorporación arriesgada en las aulas de las pertinencias incómodas de un presente siempre radical. En este juego, la experiencia de los profesores y la inexperiencia de los estudiantes parecían articularse desde unas inteligencias ávidas por cuestionar, desde la intimidad que provee el aula, los pactos sobre los que en cada tiempo descansa la reflexión arquitectónica.

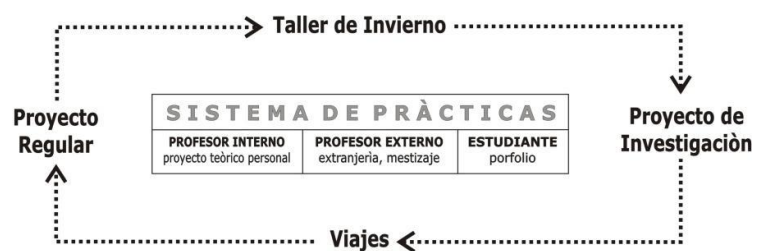
Con el paso del tiempo, fuimos descubriendo que nuestra propuesta docente rechazaba la reducción de este tránsito espacio-temporal a una transmisión amable de conocimientos y de técnicas para la intervención en el medio físico. Pienso que negar la condición productiva de la dimensión problemática de la Universidad es la mayor de las dificultades a la que se enfrenta hoy en día nuestra institución, sumida en una serie de procesos garantistas que en estos momentos han asumido la fisonomía de un Proceso de Bolonia, pero cuyo origen y proyección no puede limitarse a este nuevo protocolo identitario.



El trabajo que hoy presento reclama para las aulas la posibilidad de recrear afirmativamente un futuro deseable desde el desenvolvimiento ético y creativo de la acción arquitectónica, a la búsqueda de aquellas condiciones de posibilidad que manifiestan un mayor potencial emancipador que nos ayude a la reconstrucción de una ciudadanía y del entendimiento del común, a partir de un instrumental que se manifiesta arquitectónico por la voluntad pactada de un determinado colectivo. Y lo hace negando cualquier atisbo de escepticismo a que la docencia del proyecto de arquitectura pudiera conducir en la actualidad. Nuestras acciones docentes se constituyen así en contingencias voluntariamente frágiles, que quieren alejarse de la belicosidad de las formas visuales para ampararse en el potencial instituyente de las prácticas. No somos nostálgicos, podemos prescindir de muchas cosas, pero estoy convencido de que para poder articular una disidencia creativa es necesario preservar para el contexto universitario la capacidad de que todo pueda ser pensado, verbalizado, y actado.

Sin duda, una de las mayores dificultades encontradas en este tiempo transcurrido ha sido el carácter autoritario que los límites de las categorías con que pensamos la realidad imponen a las construcciones narrativas, hasta el punto que parecen constituirse en auténticas máquinas políticas. Conviene recordar además, que como todo proceso teleológico, los procesos docentes suponen la construcción de una ficción desde la que operan, y a la que de un modo u otro se remiten para reconstruirse ante la inevitable entropía. Es decir, que las ficciones con las pensamos el mundo son activas, además de constituir nuestra principal hipótesis de trabajo. Su oportuna puesta en carga y la mayor o menor eficacia conseguida marcarán la evolución de la ficción, hasta ser, llegado el caso, completamente sustituida por otra. Por lo tanto, esta tesis se construye desde la experiencia acumulada durante 15 años de trabajo, y supone la elevación a escrutinio público de una travesía personal por algunos de los dominios que atraviesan la arquitectura. Por lo tanto, pertenece al ámbito de lo vivido, y en ese sentido no sé bien si aspira a organizar secuencias de búsqueda o a legitimar los resultados obtenidos. Una experiencia radicada en un tiempo, un cuerpo y un lugar concreto, enclavada en lo que **Judith Butler** denominó conocimiento situado.

Este origen experiencial y también colectivo ha dificultado la organización de los resultados en un formato tan conflictivo como es el de una Tesis Doctoral. Su exigencia de verificación complexiva, o de comportarse como una unidad cognoscitiva coherente, no son su mayor cualidad. Esta imposibilidad personal se relaciona con ese miedo tan foucoltiano al orden que impone todo discurso reglado. Pero también se trata de reconocer como un esfuerzo falsario el legitimar unos procesos que son inevitablemente confusos. Aún así, los años invertidos en la construcción de un sujeto legitimado desde la racionalidad ilustrada, y una cierta presión del contexto académico –no nos engañemos, ambas cosas muy convenientes-, han dejado una huella indeleble en la forma de búsqueda sistemática de la posibilidad de explicarme de manera coherente.



Intuyo que este trabajo se origina en el preciso instante en que empiezan a surgir evidencias de que determinados cambios operados en nuestro cuerpo institucional –el paso del tiempo, nuestra progresiva visibilidad, el lógico crecimiento, etc.-, están cuestionando algunos de los postulados sobre los que nos hemos pensado hasta ahora. En unos momentos además en que la legitimidad de la Universidad ha sido puesta en entredicho desde numerosos ámbitos, y no se vislumbran en España políticas claras orientadas a construir un futuro deseable para la institución.

En medio de todo ello, el desmoronamiento del soporte financiero global parece reclamar un nuevo reparto de valores y oportunidades en un mundo cada vez más conectado, mientras que la crisis medioambiental demanda una reagrupación activista de todos nosotros en torno a los nuevos paradigmas. Como académicos y como arquitectos comprometidos con nuestro entorno, nos preguntamos: ¿estamos dispuestos los arquitectos a repensarnos desde la radicalidad del presente, o preferiremos nadar y guardar la ropa?, ¿qué oportunidades tiene la universidad pública, o al menos las escuelas de arquitectura, para aunar todas estas transformaciones en sistemas de convivencia orientados al aprendizaje crítico? De esta manera, quiero explicar lo sucedido en Alicante desde la convicción de que aún hay espacio para el liderazgo público, frente al punto muerto al que parecían llevarnos tanto los epígonos de la posmodernidad como los guardianes de la tribu, obsesionados por proteger los fragmentos de nuestra descompuesta profesión. Sabemos también que nuestra legitimidad sólo podrá emanar de la tensión que seamos capaces de generar entre la construcción teórica de un modelo complexivo y su posibilidad de ser contrastado en evidencias operativas.

Así pues, en un momento dado de mi carrera académica se me planteó la cuestión de tener que acabar la tesis. En realidad nunca la había comenzado, pero sí que me sentía rodeado de un buen puñado de escritos. En mi tránsito académico, la escritura me ha acompañado como medio de comunicación fértil y violento, por su

capacidad para aglutinar lo extremadamente íntimo con lo necesariamente compartido. Sin embargo, la tesis doctoral carecía de interés para mí, tan sumido en mi presente continuo en la Universidad de Alicante. De algún modo, no me sentía capaz de extraer conclusiones definitivas sobre ningún tema, aparente punto de paso obligado para este tipo de trabajos. La tarea más ardua ha consistido, por lo tanto, en encontrar un sentido vital a un recorrido que en cualquiera de los casos me iba a exigir un gran esfuerzo intelectual.

De repente, un día el objetivo se hizo claro. No me era satisfactorio establecer unas conclusiones para este trabajo, de acuerdo, pero necesitaba que me fuera útil, alejar la sospecha de su arrinconamiento desfuturado en un cajón. Aparece así el compromiso de fijar como texto final una Agenda Alicante, a modo de documento que estableciera las bases de mi trabajo para los próximos años, una cartera de compromisos públicos sobre aquellas cuestiones que en este momento me parecen relevantes para una Pedagogía del Proyecto Arquitectónico. Así fue como todo este trabajo empezó a tener sentido, y cuando empecé, de verdad, a disfrutar.

Además, y junto a este afán complejo, este trabajo propone tres esfuerzos complementarios:

> Siento una gran fascinación por las similitudes entre lo que nosotros hacemos y lo que otros hacen en distintos ámbitos. Compartimos con ellos el mismo mundo. Nos apetece tenerlos a nuestro lado, hablar con ellos. Un primer objetivo es el de iniciar una referenciación genealógica de lo realizado, que nos explique desde otras prácticas y nos oriente hacia las modalidades más oportunas de devenir futuro. Pero cuidado, a pesar de su aparente condición genérica, este trabajo se orienta al establecimiento de un entorno de reflexión en el campo de la arquitectura, con origen y aplicación en la enseñanza del proyecto arquitectónico.

> Este esfuerzo de referenciación me parece útil para el diseño de Modelos de acción docente que superen la noción de programa. Un segundo objetivo apuntaría por tanto a la redescipción del conjunto de identidades e instrumentales desde los que aspiramos a ser legitimados, con especial hincapié en aquellas emergencias que se proponen como evidencias más justas y solidarias, y que vendrían a garantizar la pertinencia de los modelos no a partir de discursos holísticos, sino de la construcción de redes identitarias que alienten la diversidad.

> Con el tiempo, muchos percibimos como la Universidad está dejando de ser un espacio de libertad creativa para convertirse en un dispositivo hipervigilado. No soy ingenuo, siempre han estado las instituciones al servicio de los poderes fácticos. Sin embargo, antaño el mal tenía un rostro concreto, y las relaciones entre conocimiento y valor económico no eran tan urgentes. Un tercer objetivo reclama para nuestras instituciones su redescipción en la forma de territorio donde todo pueda ser dicho, un lugar para la disidencia afectiva.

Una actitud de gran utilidad ha sido observar el hecho docente como un acontecimiento cultural más, emparejado tanto a la experiencia artística como al dispositivo técnico, para pensarnos irremediamente vinculados a una corriente productiva mucho más amplia que nosotros. Sitúo esta libertad algo grosera en el hecho de que en Alicante no hay raíces bien definidas o límites apriorísticos para la experiencia docente. Al principio esto complicó mi trabajo analítico, pero viajes y lecturas me ayudaron a entender la pertinencia de la investigación.

Quizás esto explique la presencia constante en el trabajo del arte contemporáneo. Para su selección, no he perseguido su valor fundacional respecto del asunto tratado, sino su vinculación afectiva con mi devenir. Recuerdo con especial afecto la perplejidad irresoluble de mis hijos al entrar el pasado verano en la sala que el *Van Abbemuseum* de Eindhoven dedica profusamente a las obras de **Marina Abramovic** y **Ulay**. Les hice ver que para realizar las cientos de acciones que Abramovic había peromado durante su vida, no había necesitado nada más que su cuerpo. Descubro así que prácticamente en todas las obras seleccionadas el material de trabajo sea el cuerpo, la enorme presencia de un cuerpo tanto físico como mental, que grita, lucha y goza en su relación con una alteridad que demanda imperativos éticos para escapar de la barbarie. En mi profundo sentir, es la relación crítica y afectiva con el cuerpo, en nuestro caso también institucional, desde donde puede emerger una acción capaz de recrear afirmativamente una resistencia sostenible.

Conviene decir que este trabajo no contiene rutinas de investigación orientadas a la fabricación de certezas. Más bien, se trata de un avanzar íntimo entre las controversias institucionales, las prácticas docentes, y la producción cultural, transversalizando trayectorias para forjar operatividades. Una cualidad de este tipo de investigaciones es que no aspiran a reducir la complejidad de los temas que tratan. En este sentido se aproximan a metodologías propias de la investigación artística, en la cual no se añoran resultados que puedan ser aplicados independientemente del contexto en que se originan, sino que se basan en el desarrollo de ideas para la implementación de nuevas prácticas a partir de la presentación de posibilidades desconocidas. Es por esto que las referencias se presentan inconexas. El hilo común es haberse constituido en algún momento en nodos significantes de las obsesiones de una parte significativa de nosotros. Y sin embargo nuestro trabajo no es tan intuitivo. Existen unos vectores claros que han guiado su elaboración, aunque en pocos momentos han sido explícitos ni tenían porque serlos. Para entender lo realizado en Alicante, siempre ha hecho falta por parte de

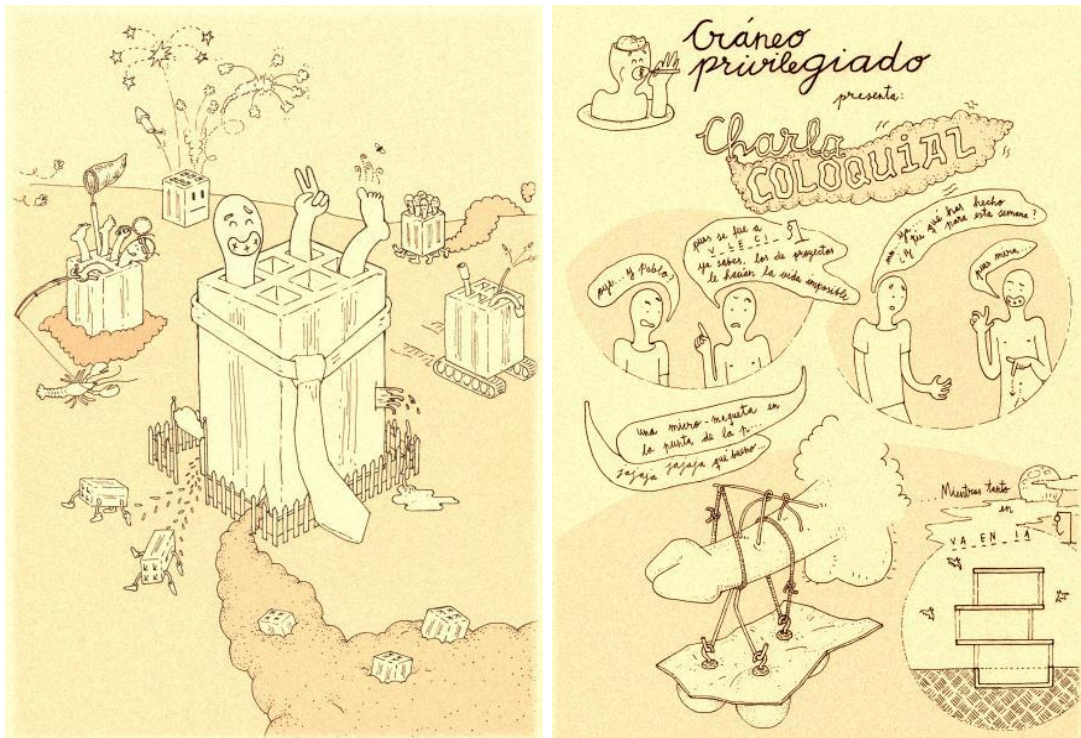
nuestros interlocutores un momento inicial de complicidad previa que soslayara las contradicciones y que completara, siquiera mentalmente, nuestros argumentos.

Algunas de las propuestas planteadas se originan en un tipo de ruido muy especial que llamaría malentendidos provocados, consistentes en una mala escucha/recepción de un mensaje transmitido por alguien o algo; lo suficientemente mala como para servir de plataforma a un pensamiento peregrino que de otro modo nunca se hubiera arrimado a la luz de la razón. Este tipo de ruido es muy necesario para una aproximación a un conocimiento que se quiere en movimiento. Otras propuestas se constituyen de los viajes propios, pero sobre todo de los ajenos, los auténticos portadores de novedad. Unas terceras surgen de la discusión colectiva de las arquitecturas desarrolladas por nuestros estudiantes. En ellas, sólo la atención cómplice permite descubrir para después fijar, algunas de las aportaciones más valiosas de nuestro trabajo.

Para que las tres hayan podido suceder han sido necesarias unas ciertas condiciones ambientales, pero sobre todo soy consciente de que han debido ser experiencias compartidas. La seguridad que da el grupo nos ha confirmado la pertinencia de trabajar en cada dirección, cualquiera que fuera. La Universidad de Alicante, las familias, los desconocidos, las instituciones, las mesas y las sillas, el clima, las paellas de los viernes, este año Los viernes al Sol, lo que ocurrirá el año próximo, los conflictos, tan airados ellos. Y las miríadas de estudiantes, un grupo que nunca ha llegado a ser masa. Cada uno con su nombre y con sus apellidos, con sus urgencias agrupadas en afectividades borrosas.

Para limitar una proliferación excesiva de material, se ha optado por trabajar a partir de epígrafes diferenciados, iniciados con una pequeña tesis que actúa a modo de guía, y unos vínculos que lo hacen a modo de hipertextos. En cada epígrafe se despliega tanto contenido teórico como estudios de casos o experiencias próximas, sin ningún esfuerzo por delimitarlos. Junto a este material principal aparece una columna de información menor, que toma la forma de notas, bibliografía, comentarios, o imágenes que guardan relación con el texto principal, surgida con el objetivo de acompañar de otra manera la narrativa principal. Cada nueve epígrafes se agrupan en un capítulo que apunta a una cierta prevalencia del tema principal. A su vez, estos capítulos se agrupan en tres temas o bloques de contenido.

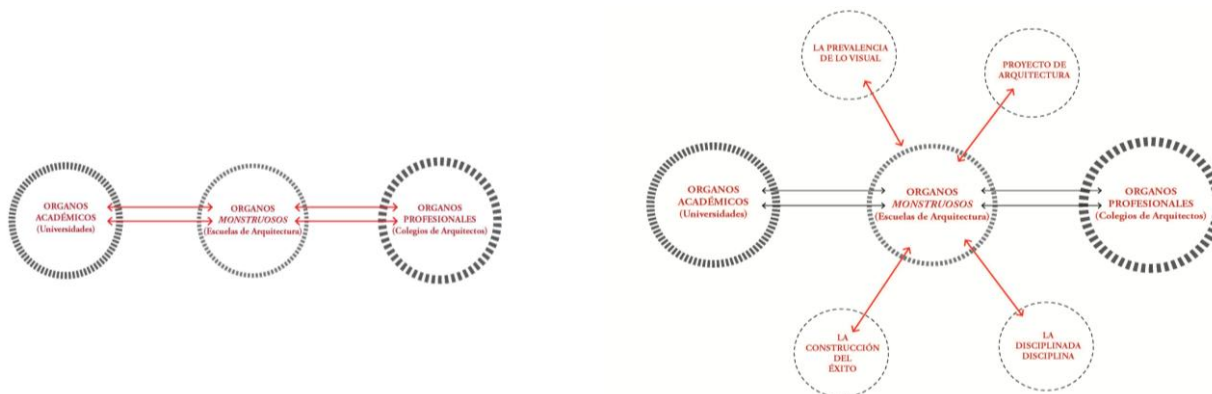
A continuación, pasaré a explicar los aspectos más significativos de los dos primeros bloques, dejando fuera de la explicación el tercero, *el MetaModelo Alicante*, por las restricciones de tiempo propias de estos actos. Pero no quiero pasar por alto las series de dibujos que acompañan cada bloque. Han sido realizados por **Mikel Motosierra**, todavía alumno de esta escuela. Para mí era importante poder medir el efecto que este tipo de recorridos teóricos en alguien que nos observa desde el otro lado e la barrera. Y así fue que yo le iba contando cosas, y el me devolvía la información procesada en estos dibujos. Espero que los hayan disfrutado.



2. INSTITUCIONES de lo político

El primer bloque de trabajo surge de la voluntad de afirmar el carácter político de las instituciones. Es decir, de afirmar la necesidad de que la redescipción de los pactos sobre los que se sustentan las relaciones entre todos los agentes involucrados en la aparición normalizada de la arquitectura, se realice en el seno de nuestras instituciones más voluminosas: Órganos Académicos, Escuelas de Arquitectura y Órganos Profesionales.

La hipótesis de partida consiste en que algunas de las dificultades observadas, como su progresiva ausencia de liderazgo, la progresiva fiscalización de sus protocolos, o el desinterés por mantener estable la formación de subjetividades, hacen inviable un acceso completo a su deseable condición instituyente, por lo que estarían recurriendo tanto a privilegios obsoletos como a una resistencia pasiva para garantizar su legitimidad y su hegemonía. A mi juicio, el abandono progresivo de lo político por parte de Escuelas y Órganos, habría convertido en urgente la reformulación de los presupuestos que han regido durante los últimos tiempos las relaciones entre ellas. Para entender este énfasis en la dimensión relacional de lo institucional debo precisar que el arquitecto, tal y como lo hemos conocido hasta ahora, desempeña sus labores convencido de su plena autonomía, asentado en una confianza ilimitada en el poder de la creatividad y de sus privilegios heredados. Por lo tanto, este primer bloque de trabajo quiere insistir en el papel nada inocente que en este proyecto de afirmación teleológica cumplen las instituciones que gestionan nuestro desempeño cotidiano de la arquitectura.



Hay que puntualizar que este trabajo atribuye el significado de político a la capacidad de situar nuestras acciones en los bordes del sistema, para cuestionarlo por superación y desbordamiento. La tensión productiva de la acción política emerge así desde la precariedad de los límites de lo conocido, que nos confrontan por ejemplo con la dificultad para identificar de una vez y para siempre a la multitud, o la dificultad para implicar la subjetividad del subalterno. En este sentido, nuestras prácticas docentes deberían de abandonar sus lugares seguros para vislumbrar las ansias de todo tipo de alteridades, y de imaginar todo un espectro de condiciones de posibilidad para unas relaciones como las que se proponen desde la arquitectura, que ya no pueden ser unilaterales.

Este desplazamiento de lo relevante por cuanto instituyente de nuevas realidades desde el centro a la periferia de lo normado es especialmente problemático porque parece dejar intacto el núcleo hegemónico de nuestros órganos, a la vez que adjetiva como patológico, lo que para nosotros constituyen centralidades de gran interés, por cuanto convocan con gran eficacia una gran cantidad de pertinencias. Para esta aproximación a la condición estéril de los interiores institucionalizados he encontrado gran ayuda en la aproximación de **Michel de Certeau** a lo que llamó lugares propios, o las cajas negras de **Michel Foucault**, sobre las cuales **Rayner Banham** proyectó su postrera visión de la arquitectura. Pero conforme ha ido avanzando este trabajo he ido descubriendo grandes afinidades afectivas con las prácticas culturales vinculadas al cuerpo físico, las prácticas culturales feministas, y las formulaciones culturales disidentes de los años 70.

Particularmente, vivo con especial perplejidad la voluntad de erradicación de toda forma de violencia de nuestros tejidos institucionales, así como la continua sospecha que recae sobre el disenso, reducido cada vez más a un modo estéril de desobediencia, primando en todo caso lo que ya ha llegado a ser sobre lo que está por-venir. De la misma forma, se estaría reclamando también para la arquitectura un pasivo rol de intermediario apolítico, cuando en realidad nuestra tarea debería consistir en promover la creación de una esfera pública vibrante de lucha agonista, donde puedan confrontarse diferentes proyectos políticos hegemónicos.

Hay que destacar que junto a estas instituciones extremadamente visibles y por lo tanto hipervigiladas, aparecen otras más próximas a los arquitectos, aunque también más esquivas. Si de las primeras, las más visibles, me he centrado en su incapacidad para desarrollar labores instituyentes, de estas otras destacaré en el tercer capítulo su gran fortaleza a la hora de constituirse en dispositivos maquínicos.

2.1. De Escuelas y Órganos violentamente acostados

De esta manera, en el primer capítulo cuestiono la problemática relación construida entre las dos grandes instituciones que gobiernan desde principios del siglo XX la producción normalizada de la arquitectura: Las Escuelas de Arquitectura y los Colegios de Arquitectos. Si admitimos que las primeras se soportan sobre la ficción de que el aprendizaje de la *Arquitectura* se produce en su seno, deberemos admitir que los segundos se soportan sobre la ficción de que la profesión por medio de la cual aparece la *Arquitectura* se produce en su seno. Para el buen funcionamiento de ambas ficciones, ha sido necesario confinar la labor de ambas en relatos pacificadores que desproblematisan unas relaciones que podrían ser mucho más ambiciosas. Encontramos así a las escuelas, confinadas en la producción de unos profesionales impecables, héroes permanentemente agotados en la doble tensión que oscila entre una ineludible revinculación con el cuerpo social que no sea exclusivamente lingüística, y una necesidad de autonomía que excluya toda puesta en crisis tanto de sus modelos formativos como operacionales. Por el contrario, pensamos que es precisamente en las Escuelas y en los Colegios donde se debe dirimir cuestiones que atañen a todos, y esta es la posibilidad que reclamamos para nuestras aulas de Proyectos de Arquitectura. Ya que lo que se ha producido por los vaivenes del presente es un colapso tanto de los órganos académicos como profesionales, por la ausencia de espacios para el cuestionamiento crítico.

Nuestro trabajo en Alicante ha buscado por tanto con insistencia despojarse de la condena del aprendizaje, entendido como una consigna determinista, volcándonos más bien en la descripción de ficciones, en eso estaríamos de acuerdo, pero ficciones operativas orientadas a la facticidad de otras realidades más justas, y donde la arquitectura sería ni más ni menos que una especial forma de articulación técnica y cultural. De ahí que uno de mis alegatos más paradójicos afirme que el aula no es un lugar propicio para el aprendizaje, ya que su capacidad instituyente no puede ser descrita exclusivamente en términos de transmisión pacífica de contenidos, lo que de hecho supondría una estabilización forzada de unos procesos confusos y de improbable verificación.

En este esfuerzo por problematizar las relaciones entre Órganos Académicos y Profesionales, es especialmente interesante el papel que han asumido con el tiempo las aulas de proyectos como estabilizadoras de ideología, muy por encima incluso de sus funciones formativas. Para esta conversión del ciudadano en arquitecto, habría sido igualmente importante el desarrollo de un lenguaje hermético que blindara nuestros límites disciplinares, así como la puesta en carga de todo un conjunto de dispositivos de mercadotecnia cultural. En este sentido, los profesores observamos como el patronazgo garantista derivado del Proceso de Bolonia, estaría vaciando la capacidad subjetivadora de nuestras aulas, y hasta ahí estaríamos de acuerdo si se tratara de la descajanegrización de nuestros opacos procesos docentes. Sin embargo, observamos que bajo el imperativo de la Sociedad de la Información, la producción de conocimiento adquiere un valor económico que impulsa la despolitización totalitarista de nuestras herramientas. De ahí que lo que este trabajo reclame, a la luz de las nuevas prácticas culturales, es la recuperación para nuestras aulas de su condición de laboratorio político instituyente, aunque liberadas de toda restricción profesionalista, y abiertas a los nuevos paradigmas de producción de lo real en los que la producción de arquitectura también se inserta.

En esta relación dinámica entre Escuelas y Colegios va a ser muy importante el papel que le asignamos a la innovación. En nuestro ámbito específico y ante la ausencia de instituciones encargadas de la producción de novedad, serían las Escuelas las que habrían asumido esa función. Este modelo de innovación tendría su expresión más eficaz en la avasallante presencia de algunas instituciones formativas, habitualmente privadas, orientadas a la producción de novedad, como la *Architectural Association*, o la *SciArq*, que garantizan la presencia constante de la excelencia conocida y por supuesto favorable. En su lugar, estaríamos observando como algunas prácticas culturales contemporáneas estarían asignando a la innovación un papel mediador, y como explica Bruno Latour, generador de contenidos diferenciales. Y es aquí precisamente donde hemos querido situar la importancia fundacional de la enseñanza universitaria, que exige de la innovación un compromiso arriesgado y problematizante de la realidad, capaz de instituir nuevas realidades a partir de las demandas de la alteridad. En este modelo propuesto, la innovación y la enseñanza de la arquitectura asumen, junto a su compromiso con lo nuevo, unas funciones enormemente importantes de conectividad entre elementos heterogéneos. Y no reconocen un papel subsidiario como productor de una novedad vigilada cada vez más sospechosa de rendir cuentas a la Sociedad de la Información.

2.2. Lo íntimo institucional

El segundo capítulo analiza las fricciones que se dan entre las Escuelas de Arquitectura y la Universidad, asentadas en una relación difícil que esconde algunas de las paradojas más significativas de nuestra formación. Este trabajo apunta a que una de las razones para esta relación conflictiva proviene de las restricciones que se derivan de la transformación progresiva de los Talleres de Proyectos en auténticas fábricas para la producción de subjetividad, y como en este aspecto se detecta una identificación y a la vez una competencia entre las aulas

como espacios supuestamente para la formación, y las Oficinas Profesionales de arquitectura. Aquí vemos al profesor vestido de **Cimabue**... y a la casa taller del profesor...Esta relación algo confusa habría inhibido al menos una parte importante del potencial crítico del aula, aquel correspondiente a los experimentos en el cuerpo propio, en la carne de la *Arquitectura*.

Propongo así tres movimientos que permitirían revincular a mi juicio el papel de las escuelas con el de la Universidad. El primero de ellos aprovecha la coincidencia en 1998 de la aparición del proceso de Bolonia y del libro Universidad sin condición de **Jacques Derrida**. Si este último reclama un modelo de convivencia institucional desde la reflexión teórica, pero emplazado en un lugar físico estable como es la universidad, el modelo de Bolonia, aún siendo pragmático, deriva de unas políticas abstractas centralizadas. Entre ambos modelos, lo que está en juego es la posibilidad de devenir institución. El segundo movimiento repara en las distancias insondables que median entre los despachos rectorales y la proximidad física del aula, para poner el acento en las condiciones circulatorias que median en su seno. Las aportaciones en torno a los sistemas emergentes nos muestran como la asunción acrítica de modelos como el de Bolonia cierran casi completamente la posibilidad de producir información desde abajo hacia arriba, es decir, desde el laboratorio humano que toda aula supone. El tercer movimiento cuestiona como bajo las consignas de una mal entendida homogeneidad, estamos asistiendo a un proceso de desafección de una gran parte de nuestros protocolos de acción, lo que anularía la capacidad instituyente de nuestras prácticas.

En este caminar que discurre entre los afectos han sido fundamentales las aportaciones de **Peter Sloterdijk**, de las cuales deducimos que todo proceso de aprendizaje supone ante todo la salida de una unidad íntima y protegida por una atmósfera cálida hacia una alteridad desconocida, en un proceso que urge la recomposición de un clima nuevamente afectivo. La ausencia de esta condición afectiva de una cada vez mayor número de protocolos universitarios destruye nuestra capacidad instituyente hasta límites absolutamente intolerables, por efecto de un crecimiento homogéneo que anula las diferencias a la vez que hace inviable un proyecto público dialogado en torno a ellas. Y es esta especial dimensión instituyente que se da en las aulas la que me permite afirmar otro de los enunciados para mí más excitantes, y es que las prácticas educativas son prácticas arquitectónicas de pleno derecho..

Lo que está en juego con estas revinculaciones es la posibilidad para la universidad pública de ejercer algún tipo de liderazgo, que en esta propuesta se decanta por las formas de liderazgo oculto, sin apenas exposición, capaz de contrarrestar las desventajas del tamaño de la institución, así como de garantizar la presencia de una tensión productiva de afectos y hábitos de vida instituyentes. Esos procesos de íntima disidencia, que siempre lo son de reconstrucción, tal y como lo explica **Simon Critchley**, se antojan fundamentales en unos momentos, en los que una cierta violencia institucional parece ser necesaria. En mi caso, esto ha sido enunciado en la forma de propuesta de unas políticas de la In-diferencia, que rechacen todo activismo polarizador de la realidad, en favor de prácticas afirmativas que se apoyen en el reconocimiento fundacional de toda alteridad. En este sentido, creo que es muy alentadora la evolución de las prácticas feministas desde posiciones de oposición hacia el ámbito de las éticas relacionales que manifiestan todo un cansancio de ser uno mismo en la forma de recursos como el humor, o la ironía.

Al final de este proceso, las miradas han apuntado no sé si sorpresivamente hacia la fisicidad del aula, a sus condiciones de protección. Hablaré por tanto del momento aula, como aquel evento donde la intimidad, la violencia o el riesgo aún aspiran a ocupar todavía un lugar prevalente para el rebosamiento del conocimiento hacia no se sabe donde. Un espacio liso, en términos deleuzianos, frágil y capaz de alojar las emergencias frágiles y contrahegemónicas como desbordamientos de las ansias de sus moradores circunstanciales.

[AA]
LAS PRÁCTICAS
EDUCATIVAS SON
PRÁCTICAS
ARQUITECTÓNICAS
DE PLENO
DERECHO

2.3. La arquitectura como máquina bélica

El tercer capítulo cuestiona alguna de las pesadas herencias que arrastra la aparición normalizada de la arquitectura. Primeramente, la prevalencia de lo visual en nuestra cultura occidental, y especialmente en nuestro ámbito, frente a otras formas de producción de realidad, probablemente más relacionales. Por otro lado, la labor de la disciplina como conjunto de protocolos y directrices, constituida a menudo en moral unilateral para la estabilización de la disciplina. He incluido también el racionalismo determinista que convierte el proyecto de arquitectura, en un protocolo ineludible para la programación totalitaria del futuro. Somos el único grupo humano que debe someter a los sistemas de vigilancia el 100% de su material antes de permitirle el acceso a la realidad, lo que condiciona sobremanera los criterios para la construcción del éxito, que olvida la mayor parte del capital simbólico que lo cotidiano o lo doméstico aporta a la producción de la realidad.

He seleccionado estas cuatro cuestiones de entre otras muchas porque en ellas el papel de los órganos formativos es fundamental si queremos orientar nuestra labor hacia una formulación más justa y solidaria. La imagen de la plaza de Tienammen en este sentido me es muy próxima. Frente a la violencia maquínica y las intenciones explícitas del tanque, se opone la justicia invisible del ciudadano, cuyos propósitos desconocemos, necesitado por tanto de la aparición de un marco propicio para el parlamento. Las escuelas de arquitectura no queremos seguir produciendo tecnología bélica. A pesar de su tamaño minúsculo, o precisamente por ello, preferimos ser el disidente que apela a los afectos colectivos para cuestionar la prevalencia de lo visual. Ese disidente que quiere, sin saber cómo, operar de otro modo.

Lo que he querido poner de manifiesto con estas cuatro llamémosle fragilidades, es la absoluta necesidad de operar en nuestro cuerpo propio, para cuestionar algunos de nuestros lugares propios más queridos, y que obvian que en la actualidad el protagonismo de la acción se ha desplazado, descubriendo que la aparición de la arquitectura como hecho físico y cultural solo puede ser aprehendida en su calidad de exceso desbordado de nuestras fuerzas económicas globalizadas. En este sentido, para mí ha sido muy liberador descubrir el carácter subsidiario y la condición de subproducto de la arquitectura, afirmación esta que se ha constituido a lo largo del trabajo en una de mis afirmaciones que más caminos pueden abrir hacia el futuro.

Observaremos más adelante como muchas de las prácticas emergentes reconocen en la ciudad y en la arquitectura un conjunto de dispositivos que se configuran como efecto y no tanto como causa, y en este sentido como las exigencias relacionales van a convertir algunas herramientas interpersonales como el humor o la ironía, en nuevas centralidades para la reflexión arquitectónica.

Para esta paradójica aproximación contamos con aquellas ilusionadas fabricaciones contraculturales post mayo del 68, a pesar de que la destrucción institucional que proponían ha sido sustituida por la construcción de afirmaciones alternativas. Contamos también con la aproximación al fenómeno del lujo, del erotismo y del exceso tal y como la formuló **George Bataille**, y que en su versión actualizada pondría grandes reservas a la dimensión restrictiva de gran parte de las aportaciones en torno a la sostenibilidad, que sólo estarían contribuyendo a un aumento del gasto por la proliferación ensimismada de sus propios lenguajes.

Este tipo de cuestionamientos en nuestra propia carne ha sido muy útil para el desarrollo de esta investigación por cuanto me ha abocado a la posibilidad, por ejemplo, de afirmar que si bien nos han enseñado que la teoría crítica articula el pasado en un orden útil para nuestros afanes del presente y que el proyecto de arquitectura es aquella herramienta que performa la llegada del futuro, esto podría no ser tan cierto, por cuanto su condición hipervigilada e hiperorientada a la producción de novedad, restringen sobremanera sus posibilidades de exceder el sistema que lo protege.

Tanto es así que ahora no puedo dejar de pensar que el proyecto de arquitectura habla más del pasado que del futuro, moviéndose en una especie arqueología del presente muy útil, sí y sólo sí, renunciara a sus exageraciones veristas. Por el contrario, la dimensión bastarda y excedentaria de la crítica, casi residual, así como su intrínseca condición ficcional, le permiten convocar una gran cantidad de agentes a un festín cuyos objetivos se desconocen. Pienso por tanto, que la diferenciación entre los alcances propuestos por el proyecto de arquitectura y la teoría crítica en nuestros programas docentes son en realidad un espejismo destinado a privilegiar ciertas formas de dominación basados en la prevalencia de lo visual, y en el exhaustivo control de las instituciones.

Junto con otros esfuerzos dispersos similares, lo que nuestro trabajo en Alicante ha querido sistematizar para la enseñanza del proyecto de arquitectura, a pesar de nuestras restricciones metodológicas, es la dimensión teórica y crítica de toda producción arquitectónica que suceda al menos en el cuerpo institucional público.

3. TRANSFORMACIONES de la cultura contemporánea

En este segundo bloque abordo algunas de las transformaciones que se están produciendo en el ámbito de la cultura contemporánea, en gran medida no arquitectónica, y que a mi juicio suponen un paso más respecto del punto muerto donde nos dejó la posmodernidad. Se han localizado también evidencias de las repercusiones de dichas transformaciones en aquellas instituciones docentes, laboratorios u observatorios vinculados a la producción del conocimiento, sin profundizar en su legitimidad institucional. En la línea de lo razonado en el primer bloque, me han interesado aquellas formulaciones que se orientan hacia el establecimiento de marcos de relación que eludan la capacidad excluyente de las categorías sobre las que habitualmente describimos la realidad, aquellas que se articulan sobre la igualdad de las inteligencias, y las que actualizan la dimensión crítica de las prácticas culturales y en nuestro caso arquitectónicas, para afirmar desde la acción creativa un futuro más justo y solidario.

Los temas que dan título y orientan cada uno de los tres capítulos pertenecen al rango de las obsesiones propias sobre las que bascula todo este trabajo: El lenguaje como forma dominante para la producción de realidad, la experiencia como forma de conocimiento en movimiento, y la identidad como forma para la perplejidad. He intentado por ejemplo reparar en el carácter de los cambios que median entre las imágenes de la izquierda y a la de la derecha. En las obras de **Damien Hirst** y **Mark Dion**, los marcos sobre los que se insertan los elementos singulares consigue anular las diferencias en favor de una estructura significativa fuerte. El título de la obra de Hirst lo dice todo: Elementos aislados nadando en la misma dirección con el propósito de comprender. Mientras tanto, la pieza de Dion organiza y clasifica los residuos encontrados durante los trabajos de limpieza del Támesis. En ambos casos la abundancia no es vista como una oportunidad sino como una amenaza que hay que conjurar a través del orden.

A la derecha, sin embargo, una imagen del libro de **Sophie Calle** *Prenez soin de vous*, que podríamos traducir por "Cuídate". Nos dice Calle: "Recibí un e-mail de ruptura. No supe qué responder. Fue como si no fuera conmigo aquello. Terminaba diciendo: 'Cuídate'. Tomé la recomendación al pie de la letra. Pedí a 107 mujeres que me ayudaran a interpretar el e-mail. Que lo analizaran, lo comentaran, lo representaran, lo bailaran, lo cantaran, lo disecaran, lo agotaran. Que hicieran el trabajo de comprender por mí. Que hablaran en mi lugar. Una manera de tomarme mi tiempo para romper. A mi ritmo. En definitiva, cuidarme". Esta obra, como muchas de esta artista, parece celebrar las posibilidades que brinda la realidad, por confusa que ésta sea, para aproximarse a la ficción como forma de establecer pactos creativos con el futuro. En este caso, aquello que nos toca en lo más íntimo, una ruptura sentimental por ejemplo, se inscribe también en un campo común, universal.

3.1. La proliferación del lenguaje

El primer capítulo repara en la consideración excesiva y desbordada que proponen numerosas prácticas contemporáneas, que ya no emergen desde la certeza que otorgan unos estándares de calidad negociados por otros, sino que se imponen como presencias desordenadas, hermanadas en su calidad de microresistencias con aspiraciones libertarias, un viento de balbuceos que no sabe aún como decirse, pero pronunciado desde la certeza del que sabe que ya es hora de hablar de otra manera. En estos procesos, la incertidumbre que acarrea la proliferación incontrolada ya no parece ser una condición externa paralizante, como veíamos en las obras de **Damien Hirst** y **Mark Dion**, sino el resultado de un progresivo esfuerzo de emancipación de las tradiciones y otros tipos de hegemonías. De esta manera, lo prescindible, considerado en muchos momentos como lo sobrante del discurso principal, se propone como una nueva centralidad que escapa de los juicios prematuros y cortoplacistas, y también de los modos hegemónicos para la construcción del éxito.

Este camino que avanza por desbordamiento de nuestros lenguajes hacia modos de producción menos vigilados, alumbrando la posibilidad de visitar las viejas propuestas desde las nuevas oportunidades. Fenómenos como el neo-, el pastiche, el scratch, el copy-paste, el fake, la metamorfosis o el remake, han dejado de ser fenómenos bastardos para afirmarse en un espacio temporal y físico casi infinito. La proliferación de los lenguajes escapa además de las constricciones impuestas por las lógicas de la escasez, aquellas que utilizan los límites de cabida, por ejemplo en un periódico, para imponer modos de control verticales. En su lugar, las lógicas de la abundancia obvian este tipo de limitaciones, como ocurre en un blog, por lo que las formas de control se pueden disolver en formas de gestión más participadas, donde los criterios de calidad ya no se agotan en un repertorio de restricciones estabilizadas, sino que se abren a las posibilidades que se esconden en la abundancia.

Claro, en el aula el trabajo se nos complica por una transformación radical, que sin embargo está tardando demasiado en encontrar modelos de convivencia para alumnos, profesores, y sobre todo para los sistemas de evaluación, que parecen evolucionar desde su atalaya como garantes de lo establecido, hasta situarse en la exploración de las condiciones de posibilidad que los trabajos de los estudiantes proponen. Y es precisamente esta transformación la que me permite afirmar que si bien los contenidos se constituyen por presencias, la

evaluación se puede resolver por medio de las ausencias, por aquellas cuestiones que los proyectos dejan pendientes.

Por otro lado, las nuevas modalidades discursivas vinculadas a la proliferación de los lenguajes, que también lo son de modos de acceso al conocimiento, nos eximen por ejemplo del esfuerzo ingente desarrollado por la arquitectura para concentrar en los grandes mitos fundacionales, así devenidos maestros, todas las bondades de unos avances históricos cuya condición colectiva en su momento también debió ser irrenunciable. Desde esta óptica, por ejemplo, podemos reemplazar las aportaciones hasta hace poco imprescindibles de los maestros, por una pluralidad de pequeñas aportaciones, muchas de ellas de origen bastardo. Esta es la razón por la que aparecen en este trabajo autores sin consagrar como **Thomas Hillier**, o recién egresados como **María G. Javaloyes** o **Mikel Amiano**, cuya presencia sólo pretende hacer patente la condición mucho más horizontal y fragmentaria en la que se inserta hoy en día la producción de conocimiento, y que nos permite encontrar pequeños pero importantísimos hallazgos en muchos más lugares que antes. He situado además en este argumento la presencia incómoda de los colectivos de arquitectura, cuya acción emergente escapa en muchos casos de las categorías vigiladas con la que la arquitectura gusta salvaguardar sus propios recursos. De ellos destaco su genética hiperconectiva, que les permite reconfigurarse en nuevas identidades a través de formatos multiplataforma, aunque queda sin resolver el carácter de su relación con las formas del procomún

Finalmente, he detectado como esta apertura a la superabundancia de formas y maneras devuelve un gran protagonismo a la edición de lo producido, la actividad curatorial, o el comisariado. Se trata de dispositivos enredados donde lo político asoma irremediabilmente la cabeza, lo que nos permite reabrir el debate sobre las posibilidades instituyentes de nuestras instituciones.

3.2. Desaficciones. Laboratorios de experiencias

El segundo capítulo toma en consideración algunos de aquellos conjuntos de prácticas que a mi juicio mejor articulan su relación con la *enormidad del presente* desde la *producción íntima de afectos*. Este tipo de prácticas señalan de manera temprana la pertinencia de operar en el cuerpo propio, para superar la radical separación impuesta entre teoría y experiencia, que habría privilegiado el discurso logocéntrico en detrimento de lo físico y lo cercano. **Peter Sloterdijk** reclama por ejemplo el principio autocobaya también para ámbitos tan abstractos como el de la filosofía. Bajo esta consigna, recuerdo con especial emoción la sintonía con **Beatriz Preciado** cuando se autoimpone parches de testosterona durante un año para indagar en el único cuerpo que no le es esquivo, el suyo propio. Descubriendo, junto a los conocidos efectos del crecimiento del vello, etc., que cuando la testosterona hace efecto, la textura hasta ese momento hostil de una ciudad que no entiende como propia le empieza a ser comprensible, desvelando la inequívoca condición masculina del espacio urbano que conocemos.

Ya nos había advertido en los 90 **Gianni Vattimo** que la muerte de las ideologías sólo nos dejaba hábiles para lo próximo, el amor de una madre o de un hijo, pero nada nos dijo de sus formas bastardas asociadas: El humor, la paradoja, la ironía. Y mucho menos de las inseguridades con las que a partir de ahora tendríamos que acostumbrar al proyecto de arquitectura, y muy especialmente a su enseñanza en entornos institucionales, tan protegidos por el mito de la permanencia. No en vano, tuvo que esperar a los 70 años para titular *No ser dios* el libro en que daría cuenta de su problemática homosexualidad. Afortunadamente, desde estas mismas ruinas heredadas del siglo XX, las prácticas culturales feministas por un lado, y las políticas del procomún por otro, parecen acertar a la hora de reconstruir nuevos ámbitos de posibilidad para una disidencia que se quiere más frágil pero más ambiciosa. Hay más, pero he seleccionado estos dos grupos de prácticas de resistencia por su habilidad para restituir mediante el flujo de afectos la circulación entre lo grande, lo inmenso que articula nuestras instituciones, y lo ínfimo, aquello en lo que todos íntimamente nos reconocemos. De ambas me ha interesado sobremedida su alta capacidad instituyente de instrumentos de emancipación generalizables para cualquier otro ámbito que se quiera disidente. Esto no es fácil de conseguir. Las disciplinas dedican gran cantidad de energía a cuestiones reproductivas, produciendo lenguajes herméticos y dispositivos maquínicos. He querido situar precisamente en el uso de los afectos y de la pedagogía de la experiencia la posibilidad de desbordar los propios cuerpos disciplinares.

En ese devenir la arquitectura aún tiene sus deberes poco avanzados. Nuestras aspiraciones hegemónicas, nuestros protocolos patriarcales, o nuestros afanes apropiacionistas de una realidad que ya sabemos que se produce sin nuestra participación, no nos lo están poniendo fácil. De ahí la importancia de hacer presente en las aulas de arquitectura estas formas nuevas de comunidad que nos ayuden a reconstruir en nuestro ámbito herramientas más justas y solidarias para pensar los modos de habitar la ciudad. Descansa sobre nosotros, arquitectos y estudiantes, activistas del presente en cualquier caso, la responsabilidad de producir sus primeros andamiajes en el contexto universitario. Autoras como **Marjetica Potrc** o **Remedios Zafra** ejemplifican con precisión mediante sus prácticas una aproximación relacional a entidades altamente heterogéneas mediante el

uso de los afectos. La primera utiliza las instituciones culturales del primer mundo, galerías y museos, para dar voz a unas minorías deslocalizadas. En esta reconexión, cuestiona el monolitismo de las instituciones del primer mundo a la vez que restituye la dignidad de comunidades invisibles. La justicia social opera así por medio de unos pactos negociados por las normas del hecho artístico, tal y como lo conocemos. De igual manera, el cuarto propio de Zafra no parece ser un espacio estabilizado para el acuartelamiento de los dominios del ser, sino un lugar para el desenvolvimiento íntimo que no teme a lo patológico, y que se hace ético a partir de su condición hiperconectada. En este sentido, la dimensión crítica que queremos asignar a la intimidad, rebaja las pretensiones autoritarias de la arquitectura, a la vez que señala la pertinencia de aproximarnos a un relato de lo común que **Judith Revel** define como el rechazo del origen, la identificación del ser y el crear.

3.3. Fenómenos de la identidad

En el tercer capítulo me he detenido en algunos de los trastornos identitarios que *la proliferación del lenguaje* y el *trabajo con los afectos* introducen en los modos de pensar y hacer arquitectura. Valga un ejemplo: junto a la creciente fragilización de lo instituido, estos dos aspectos parecen haber roto las restricciones impuestas al dibujo como herramienta de control/vigilancia de nuestras prácticas. Hoy en día empezamos ya a entender las palabras de **Patrick Schumacher** cuando afirmaba que la arquitectura es “sobre todo” aquello producido en la cultura mediterránea y codificable a partir de las herramientas de dibujo perfeccionadas en el siglo XVI. Es decir, que por un lado el dibujo se configuró a partir del tratado de Serlio en el s. XVI como una herramienta de exclusión para discernir por fin quien era y quien no arquitecto, mientras que por otro cuando aparecen en el s. XIX las escuelas de arquitectura como una separación de las escuelas de Bellas Artes, éstas todavía preservaban el canon naturalista determinista, verista, que premiaba la representación pacífica de modelos exteriores.

Serán estos dos hitos los que afiancen un escenario en el que el dibujo aparece reducido a su condición representativa de una realidad exterior ya acabada. Pero además, los arquitectos hemos crecido convencidos de que sólo se puede proyectar aquello que se puede dibujar, aquello que es accesible mediante el dibujo. Sin embargo, las tecnologías contemporáneas ya no están generando imágenes sustitutivas del objeto como objeto de representación, sino que por el contrario nos permiten acceder a procesos más transparentes centrados en la producción de sí. De esta manera, podemos ahora estar atentos a prácticas que obvian la relación próxima cerebro-brazo en manos del autor, para aproximarse hacia otros dominios de la producción, como sería el caso del trabajo de **Philippe Rahm** o **Francois Roche**. Pero la dificultad de sus procesos participados desde la tecnología son evidentes: ¿Cómo enseñar estos procesos? ¿Qué resultados aportarían a un jury de arquitectura tal y como lo conocemos? En este tipo de prácticas, la producción excede lo pensado en su búsqueda de resultados a medio y largo plazo, enredándose en negociaciones plurales con el medio físico, hasta perder su reconocimiento como arquitectura, incorporando además otro tipo de racionalidades.

Pero avancemos un poco más. Un día **Nina Katchadourian** observa que las telas de araña del porche de su casa están estropeadas. Con suma habilidad, la artista recompone con seda roja la geometría y las formas originales. A la mañana siguiente, descubre con sorpresa que la araña ha desmontado sus voluntaristas injertos. Con esta acción intempestiva la artista afirma su voluntad de hablar con un extraño. Quizás sea este el problema de toda pedagogía: ¿Cómo hablar con un extraño? No tanto enseñar, aprender. Tan sólo negociar con la alteridad. ¿Cómo podríamos los arquitectos hablar a través de nuestras prácticas con un extraño, aquello de lo cual no nos sentimos del todo partícipes? No es difícil observar que hoy en día los ejemplos han proliferado. Artistas como **Kalup Linzy** o **Mickalene Thomas** nos muestran, desde su radical encarnación en unos cuerpos y en uno momentos precisos, cómo la práctica artística es no sólo un lugar de representación del otro sino también un lugar para la redescipción afirmativa de unx mismx. Para ellxs, la práctica artística supone un contexto para la afirmación alegre de otros mundos posibles, un contexto abierto al tiempo y a la proliferación, no un lugar para la sustitución de unas hegemonías por otras.

4. ...DESPUÉS DE LO VIVIDO, LO PENSADO Y LO CONTADO

Después de lo vivido, lo pensado, y lo contado, descubro perplejo al final de esta investigación que la relevancia de lo que hemos realizado junto con otrxs muchxs en la Universidad de Alicante, radica precisamente *en una obsesión infantil por organizar lo prescindible*, todo aquello que no nos es requerido para el cumplimiento de nuestras estrictas funciones académicas. O por utilizar otros términos, descubro con un cierto horror que casi nada de lo que en algún momento nos ha llegado a excitar *parece atravesado por los dispositivos maquínicos institucionales*.

Para explicar esta paradoja, necesito repetir una vez más que he tratado de aproximarme a la praxis pedagógica del proyecto de arquitectura como un hecho político más, desoyendo las voces que afirman la especificidad del

contexto universitario, un término que lo despoja de una condición vital que no entiende de discontinuidades en el crecimiento de las personas. Para mí, profesores y estudiantes coincidimos por unos instantes en un territorio amenazado, la Universidad, que requiere de una gran cantidad de energía para posibilitar la aparición de lo nuevo más justo. En ese viaje iniciático, es el conocimiento el que aparece como subproducto aventajado de un nomadismo docente que se quiere arriesgado, en su afán por acceder al lugar donde habitan las zonas oscuras de la contemporaneidad.

Y será precisamente la aparición de lo prescindible, entendido como aquello que excede los límites tutelados de los sistemas que nos contienen, lo que nos permite operar en la condición política del conocimiento, forzándonos a redescubrir cada una de nuestras prácticas como ficciones esperanzadas, y a renegociar los pactos sobre los que se sustentan. En esta eventualidad nunca definitivamente resuelta, el juego entre las inteligencias equivalentes dibujará en cada caso una coreografía diferente, un tumulto de voces discordantes que sólo puntualmente afinarán sus tonos, para disolverse de nuevo en la multitud de atravesamientos que la constituyen. Este es el escenario de libertad que reclamamos para la Universidad y para nuestras aulas de Proyectos Arquitectónicos.

De igual manera he insistido en la necesidad de convertir nuestras prácticas docentes en instituciones de lo íntimo orientadas a una disidencia creativa. Este retorno a la intimidad debe comenzar desde el reconocimiento del aula como territorio performativo por excelencia, espacio de libertad máxima donde todo pueda suceder y todo pueda ser dicho. Un lugar hábil para acoger la proliferación desbordante de esferas de aprendizaje deseantes que se hacen éticas sólo en su relación con la alteridad. Especialmente ahora que sabemos que la legitimidad de nuestro trabajo no proviene de la autoridad para sancionar lo que está bien o mal según un corpus cognoscitivo cerrado, sino de nuestra capacidad de recrear toda una pluralidad de futuros deseables, a partir de las emergencias más frágiles que nos ofrece la radicalidad del presente.

Soñamos así con una Universidad capaz de aprender a relacionarse con lo irreverente, lo despiadado, lo desviado, lo contra-hegemónico, que a menudo aparece en la forma de balbuceos, gritos desgarrados afirmando otros modos de ser, otros juegos del lenguaje. No se trata de protegerlas, tampoco exactamente de auspiciarlas, pero sí de señalar su pertinencia, su oportunidad, su ámbito de posibilidad. Esto no es, obviamente, enseñar. Tampoco es investigar, y por eso he afirmado también la impertinencia que supone reducir el valor de la Universidad hacia estos dos polos ya conocidos. Es una cuestión más bien de crear justicia.

Preparando esta presentación, me doy cuenta de que este trabajo es un acto de disidencia ante algunas cosas que están pasando ahí afuera, un exterior excluido por gran parte de nuestras regulaciones, cada vez más orientadas al establecimiento de sistemas de vigilancia extrema, y legitimadas desde una categorización excluyente de la realidad que sólo se sostienen por el fuerte aparataje institucional. Y es por esta razón por la que reclamamos para el tránsito universitario un aprender a estar-en-la disidencia, porque ya todo es un interior nada pacificado que nos aboca a ocupar políticamente los intersticios de nuestro presente.

Quiero señalar para concluir, que el grueso de las centralidades que propongo en este trabajo no pertenecen ni a mi formación ni en muchos casos al núcleo de mis intereses. Se trata por el contrario de descubrimientos que provienen de la observación de algunas urgencias de un presente que informa irremediamente el trabajo de los estudiantes. Es por esto que reivindico a partir de esta investigación que hoy definiendo el carácter arquitectónico e instituyente de las prácticas docentes, cuando consideradas en su calidad de cálidos laboratorios para la producción compartida de mundos alternativos. Confiando además en que en algún momento seremos capaces de permear toda esta información hacia otros interiores fuertemente institucionalizados que ahora mismo ocupan hasta agotar cualquier posibilidad de habitar de otra manera nuestra Universidad. Esta es su ambición y su limitación.

